

se vería mediatizado. Sin embargo, no hay que perder de vista que en el mediano plazo las tensiones entre el jefe de gobierno del DF y el presidente de la República aumentarán. Ese factor ejercerá tarde o temprano su influjo sobre la economía, tendrá efectos negativos sobre la estabilidad cambiaria y, consecuentemente, sobre el resto de las variables económicas. En ese proceso, el paso del tiempo jugará a favor de Cárdenas: primero, porque al acercarse la elección presidencial se perfilará como el candidato fuerte de la izquierda a la presidencia de la República; segundo, porque las pugnas en el interior del PRI por la candidatura a la presidencia debilitarán a Zedillo; tercero, porque la inestabilidad económica se convertirá en una suerte de círculo virtuoso para el jefe de gobierno del DF; a mayor inestabilidad, mayor inconformidad de la población, y a mayor inconformidad, mayor apoyo para Cárdenas, con el consecuente incremento de la incertidumbre económica que producirá a su vez mayor inestabilidad, etc.

¿Existe el riesgo de la ingobernabilidad? Sin duda alguna. Si el PRD gana el congreso y la ciudad de México, se producirá una suerte de empate. Ni el presidente de la República tendría la capacidad de mantener su política, ni el neocardenismo dispondría de los elementos (la mayoría en el senado y en los estados de la República) para revertir las reformas y poner en marcha su proyecto. Ese vacío de poder perduraría hasta las nuevas elecciones y generaría incertidumbre; las inversiones se detendrían y las presiones sobre la moneda serían incontenibles. Vale señalar que este escenario límite no es el más probable, ya que las encuestas sitúan al neocardenismo en el tercer lugar de las preferencias nacionales. De producirse un triunfo de la oposición, el PAN es el partido que tiene más probabilidades de convertirse en mayoritario. Ese escenario es menos dramático que el anterior en la medida en que el proyecto económico de Acción Nacional no es radicalmente diferente al del presidente de la República. Sin embargo, la pérdida de la mayoría en el congreso debilitaría al poder ejecutivo en su futura confrontación con el jefe de gobierno de la ciudad de México. En ese sentido, el primer escenario debe entenderse como una situación límite a la que nos iremos acercando con el tiempo,

porque — como señalé arriba — la entrada de lleno en la sucesión presidencial debilitará a Zedillo y fortalecerá a Cárdenas como futuro candidato a la presidencia.

Una elección limpia y transparente no es por sí sola garantía de estabilidad y armonía. Para que una transición culmine exitosamente hacen falta grandes acuerdos entre las principales fuerzas políticas y sociales. Si estos acuerdos no existen, la alternancia y el pluralismo pueden tener un efecto negativo sobre la estabilidad política y económica. El Pacto de la Moncloa en España amarró de manera explícita un gran consenso entre todas las corrientes políticas; su contenido era tan detallado que contenía lineamientos y metas en todos los ámbitos de la economía, incluyendo por ejemplo la administración de la pesca. En México, un acuerdo semejante supondría que todos los partidos hubieran suscrito el Pronafide, la autonomía del Banco de México y la reforma del artículo 27. Nada de esto ha sucedido. Por eso la alternancia no sólo se puede convertir, sino se está convirtiendo ya, en un factor que tendrá efectos destabilizadores en el ámbito de la economía. A falta de ese gran acuerdo, la única forma de conjurar ese efecto negativo sobre la economía hubiera sido fortalecer un consenso de la población en torno de la reforma económica, que alejara la posibilidad de una contrarreforma. El presidente de la República tuvo la oportunidad de hacerlo entre el 21 de agosto y el primero de diciembre de 1994. Le hubiera bastado con tomar tres medidas: 1) dejar a Pedro Aspe en Hacienda para reducir los riesgos de una devaluación; 2) iniciar las negociaciones de un acuerdo monetario con Estados Unidos y Canadá para darle estabilidad al peso; 3) utilizar su capital político (la elección más democrática de la historia de México y un mandato mayoritario) para desactivar el movimiento guerrillero; el Ejército debió haber ascendido a Los Altos de Chiapas el primero de diciembre de 1994 y no el 9 de febrero de 1995. La oportunidad existió, pero ya se perdió. Ahora, como consecuencia de la inconformidad que ha generado la crisis, todo está a debate y existe la posibilidad real de que el PRD gane la presidencia de la República en el año 2000 y revierta todas las reformas económicas.

DOS CONJETURAS

FERNANDO ESCALANTE GONZALBO

1 Es lo más razonable, casi obvio, suponer que con un Congreso opositor tendría el Presidente

algunas dificultades mayores e innumerables fricciones, incordios y tropezones menudos. Podría tener

también ventajas, como forzar —con el voto panista— una política de modernización más consecuente. Lo más interesante, sin embargo, es lo que podría ocurrir a los partidos mayores de oposición en un escenario así.

En ambos casos (PAN, PRD) sus programas, sus campañas y sobre todo su retórica son básicamente antipriistas: de un antipriismo más o menos rudimentario y emocional, que se concentra en la figura del Presidente. No habiendo mayoría en el Congreso se les presentaría un problema nuevo, porque sus decisiones no tendrían ya sólo un valor simbólico. Tendrían que escoger, entonces, decidirse por contentar a una parte de sus votantes: a los radicales o a los oportunistas, ocasionales e indecisos.

Podrían optar por una estrategia beligerante, agresiva, persecutoria, de obstrucción y chantaje, de principios inmovilistas: y pagarían en el 2000, entre los indecisos, el costo de haber provocado el desgobierno que podría resultar de ello. Podrían, en cambio, decidirse por la moderación, la responsabilidad, negociar con buen ánimo, templar gaitas y colaborar con el Presidente: perderían entonces ese halo de virtud purísima que da la intransigencia.

Todo depende de la idea que unos y otros tengan de su electorado, que lo supongan radical o indeciso.

2. La conjetura más razonable, hoy por hoy, es la de un triunfo de Cuauhtémoc Cárdenas; en cuanto a sus consecuencias, se me ocurre imaginar tres situaciones hipotéticas que, por abreviar, llamaría gobierno-priista, gobierno-Santa Claus y gobierno-Pípila.

a) Podría Cárdenas olvidarse de sus promesas de campaña y de su ambición presidencial; podría gobernar la ciudad seriamente, sin hacer muchos aspa-

vientos, arreglándose con quien hay que arreglarse. Sería el suyo un gobierno-priista sin el PRI al que, en ese caso, le robaría tal vez clientelas decisivas. Es la mejor hipótesis para la ciudad, la peor para el PRI y la menos probable.

b) Podría Cárdenas empeñarse en cumplir sus promesas más espectaculares: guardarías para todos, empleo público, vivienda y demás. Un gobierno-Santa Claus. Es una hipótesis probable porque un gobierno de tres años invita a la irresponsabilidad: el costo desorbitado de un programa semejante se pagaría con endeudamiento o desatendiendo proyectos menos visibles, como el drenaje profundo, la potabilización del agua, etcétera; en cualquier caso, los costos los pagaría el siguiente gobierno. Es la mejor hipótesis para un Cárdenas que quiera ser Presidente en el 2000, la peor para la ciudad y la más probable.

c) Podría, finalmente, empeñarse en cumplir sus otras promesas: la beligerancia antipriista, el combate contra el "modelo neoliberal" y las demás de ese estilo. Sería un gobierno-Pípila, de ademán heroico e incendiario: referéndum sobre el Estado 32, desconocimiento de la deuda pública, combate contra las afores, cosas todas que lo enfrentarían no sólo con el Presidente sino, sobre todo, con la Federación, con el Congreso, con los empresarios, con los Estados Unidos. Es la hipótesis más deseable para la izquierda del PRD, mala para Cárdenas como candidato, buena para el PRI y el PAN.

Cabe también, por cierto, alguna combinación: un Santa Claus-priista nos permitiría llegar al año 2000 con la feliz ilusión de seguir en 1940; un Santa Claus-pípila nos obligaría a leer de nuevo, con atención, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*.

EL PÉNDULO DE LA HISTORIA

JOSUÉ SAENZ

El péndulo de la historia nunca deja de oscilar. El 6 de julio será día de contar votos, y también de recordar que tenemos una responsabilidad en nuestra época, como otros la han tenido en la suya, de no ser prisioneros de la historia sino factores activos en su adecuación a la modernidad. Buscar la mejor ruta para el desarrollo del país es obligación moral en el tiempo que vivimos. La historia nacional indica que la política a veces ha oscilado hacia la tradición y búsqueda de nuestras raíces. En otros períodos se ha orientado al civilismo y la activación del sector privado. Agrarismo y estatismo, socialismo y libremercaderismo —a todos les ha tocado turno de ser metas.

Hoy nuestra política se ha enfocado, ojalá irreversiblemente, hacia la democracia. En la economía el rumbo señalado es claro en cuanto a metas cuantitativas, pero indefinido en lo que se refiere a los actores y sus responsabilidades para lograrlas.

En los años transcurridos desde que se firmó el Tratado de Libre Comercio de Norteamérica, los cambios en nuestra política y en ciertos sectores económicos han sido espectaculares. Pero este desarrollo no ha sido uniforme. Ha dejado atrasada y olvidada, rezagada o aislada, a gran parte de nuestra población. La solución no es frenar la integración económica interna o global sino darle nuevos impulsos y cauces